

Los sentimientos pacíficos de *Voltaire* y la sátira que hace de la paz perpetua no están en contradicción. Desea la paz, pero la cree irrealizable, porque la guerra, como todos los males que afligen á los hombres, le parece un mal inevitable. En el poema sobre el desastre de Lisboa, dice: "Elementos, animales, todo está en guerra.", En otra parte desarrolla esta idea, que ha sido reproducida en el siglo XIX por de Maistre: "El aire, la tierra y las aguas son campos de destrucción.", La guerra es, pues, un hecho general en la humanidad. En su *Ensayo sobre las costumbres*, *Voltaire* dice que es el azote y el crimen de todos los tiempos y de todos los lugares, y que el universo es una vasta escena de piratería (1). Si la guerra es un hecho universal, necesario, ¿qué toca hacer al filósofo? De *Maistre* ha deducido de aquí su horrible doctrina del sacrificio por la sangre. *Voltaire* ve el mal, pero conoce que el hombre está llamado á combatirle para disminuir sus horrores. Nunca se ha hecho guerra más viva á la guerra. El gran crítico la hace á su manera: cubre de ridículo á los que habían usurpado el monopolio de la gloria.

Cuando *Voltaire* no se burla, ataca. En una parte llama á los conquistadores *ilustres matadores*, en otra los equipara á los *ladrones de los caminos* y á los *filibusteros* (2). No trata mejor á los soldados. Al escribir el *Elogio de los oficiales muertos en la guerra de 1741*, dice: "Desde las orillas del Po hasta las del Danubio, por todas partes se bendicen las banderas bajo las cuales marchan millares de matadores mercenarios, á quienes la sed de desórdenes, libertinaje y rapiña, ha hecho abandonar sus campos. Considerados en conjunto, marchando con orden bajo un gran capitán, forman el espectáculo más vistoso é imponente del universo: tomado aparte cada uro en la embriaguez de su brutal frenesí son la hez de las naciones."

¿Por qué causa se derrama continuamente sangre en el mundo? "Un genealogista demuestra que un príncipe desciende en línea recta de un conde cuyos parientes habrían hecho un pacto de familia, hace trescientos ó cuatrocientos años, con una casa cuya memoria ya no se conserva. Esta casa tenía pretensiones indirectas sobre una provincia

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Guerra*.—*Ensayo sobre las costumbres*, c. CLI y CXCI.

(2) *Odas*, XVI, XV.—*Ensayo sobre las costumbres*, c. CLII.—*Diccionario filosófico*, en la palabra *Gobierno*.

cuyo último poseedor ha muerto de apoplejía. El príncipe y su consejo ven su derecho con evidencia. La provincia, que se halla á algunos centenares de lenguas de distancia, protesta que no le conoce, que no quiere ser gobernada por él. Nada de esto llega á oídos del príncipe, cuyo derecho es incontestable. Inmediatamente encuentra un gran número de hombres que no tienen nada que perder, los viste de paño azul á cinco francos la vara, adorna sus sombreros con unos cordones blancos, los hace dar media vuelta á la derecha y á la izquierda y los envía á la gloria. Los demás príncipes que oyen hablar de esta expedición toman parte en ella, cada cual según su poder, y cubren una pequeña extensión de territorio con más matadores mercenarios que los que llevaron consigo Gengiskan, Tamerlan y Bayaceto," (1).

¿Qué es, pues, el derecho de la guerra de que habla Grocio? "El derecho de la paz, dice *Voltaire*, si que le conozco; consiste en cumplir su palabra y dejar que todos los hombres disfruten de los derechos de la naturaleza; pero en cuanto al derecho de la guerra, no sé lo que es. El código de matar me parece una extraña ocurrencia. Espero que pronto nos darán la jurisprudencia de los ladrones de carreteras," (2). Si Grocio busca las leyes que rigen la guerra, es porque cree que hay guerras justas. *Voltaire* dice que nunca las ha visto de esta especie, y que esto le parece contradictorio é imposible. Critica á Montesquieu, que sostiene que la guerra ofensiva puede ser justa "cuando un pueblo ve que un pueblo vecino está lleno de pros-

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Guerra*.—En su novela *El Mundo tal cual es*: «Babou encuentra al ejército persa que iba á combatir al ejército indio. Pregunta á un soldado cuál es el motivo de la guerra: «Lléveme el diablo, dice el soldado, si sé una palabra ni me importa; mi oficio es matar y dejar que me maten para ganarme la vida; no me importa saber á quién sirvo.» Un capitán á quien preguntó el motivo de la guerra respondió: «¿Cómo queréis que lo sepa? Y además, ¿á mí que me importa? Busco, según mi costumbre, la fortuna ó la muerte, puesto que no tengo otra cosa que hacer.» Por fin, los generales le explican las causas de la guerra que hace más de veinte años viene arruinando el Asia. La cuestión empezó por una disputa entre un eunuco de una mujer del gran rey de Persia y un oficial de una oficina del gran rey de las Indias. Tratábase de un derecho que equivalía próximamente á un treintaavo de darica. El primer ministro de las Indias y el nuestro sostuvieron dignamente los derechos de sus señores. La cuestión se fue animando. Pusieron en campaña por ambas partes un millón de soldados. El sostenimiento de este ejército cuesta todos los años más de 400.000 hombres. Las matanzas, los incendios, las devastaciones van aumentando; el universo sufre y el encarnizamiento sigue. Nuestro primer ministro y el de las Indias protestan con frecuencia que todo lo que hacen es para mayor felicidad del género humano, y á cada protesta acompañan nuevas destrucciones de ciudades y provincias.»

(2) *Diálogos*, XXIV, Conferencia II.

peridad y que una paz más larga le pondría en estado de destruirlo, siendo el único medio de evitar esta destrucción atacarlo en el acto," *Voltaire* se indigna contra semejante doctrina. "Si fuese Maquiavelo quien dirigiese estas palabras al bastardo del abominable Alejandro VI, no me extrañaría. Es el *Espíritu de las leyes* de Cartouche. ¡Pero apenas puede creerse que esta máxima sea de un hombre como Montesquieu! Si hay alguna guerra injusta es la que se propone ir á matar al prójimo, de miedo que el prójimo, que no nos ataca, llegue á estar en estado de atacarnos; es decir, que aventuramos la ruina de nuestro país por la esperanza de arruinar sin razón el de los demás," (1). ¿No deben considerarse al menos como justas las guerras defensivas? "*Voltaire* responde que no hay en este mundo más que guerras ofensivas, porque la defensiva no es más que la resistencia á los ladrones armados.", En definitiva, *Voltaire* no encuentra más que una causa que legitime la guerra: "Si el cielo la permite, es por la libertad."

Voltaire seguía correspondencia con un príncipe guerrero. Se le acusa de haber adulado á los grandes para procurarse su amistad. Si alabó las hazañas de Federico, nunca fué á costa de sus convicciones. Mientras Federico fué príncipe heredero, *Voltaire* alimentó la ilusión de que sería un rey filósofo, "un rey que pensase como hombre y que hiciese felices á los hombres.", Cuando Federico fué llamado al trono, *Voltaire* no quemó incienso á sus pies, como acostumbran los cortesanos; le dirigió bellos versos acerca del papel civilizador que le esperaba. Los reyes cristianísimos seguían jurando á fines del siglo XVIII el exterminio de los herejes. *Voltaire* dice á Federico que jure en sus manos: "*Protéger les arts et d'aimer les humains* (proteger las artes y amar á los hombres).", El filósofo pone en guardia al joven rey contra la falsa gloria:

«Le conquérant est craint, le sage est estimé:
Mais le bienfaisant charme, et lui seul est aimé,
Lui seul est vrai roi; sa gloire est toujours pure,
Son nom parvient sans tache à la race future.
A qui se fait chérir, faut-il d'autres exploits?» (2).

¡Dichosos los príncipes si tuvieran aduladores como

(1) *Comentario al Espíritu de las leyes*.—*Diccionario filosófico*, en la palabra *Guerra*.

(2) El conquistador es temido, el sabio es estimado; pero solamente el que hace bien es amado. Este es el verdadero rey; su gloria es siempre pura, su nombre pasa sin mancha á la posteridad. El que se hace querer, ¿qué más empresas necesita?—(*Epístola* LXXXIII.)

Voltaire! Se engañó grandemente respecto del *Salomón del Norte*. El primer acto del joven rey fué invadir la Silesia. ¿Renegará *Voltaire* de sus creencias para estimular al conquistador? Si alaba su gloria militar es para tener el derecho de predicarle humanidad y paz (1).

En su correspondencia, le llama *Vuestra humanidad* para recordarle incesantemente los deberes que le impone su cualidad de hombre: "Pienso en la humanidad, señor, antes de pensar en vos mismo; pero después de haber llorado, como el abad de Saint-Pierre, sobre la humanidad, de quien sois terror, me entrego á la alegría que me causa vuestra gloria. Continúa, señor, pero haced tantos felices en este mundo como habéis borrado de él; que mi Alejandro se convierta en Salomón lo más pronto posible," (2). En sus poesías, lo mismo que en sus cartas, *Voltaire* invitó incesantemente á Federico á dar la paz á Europa (3).

Cuando *Voltaire* echó de ver que el *Salomón del Norte* no deseaba la humanidad de la paz más

(1) «Je hais les conquérants...
Plus leur a gloire a d'éclat, plus ils sont haïssables.
O ciel! que je vous dois haïr!
Je vous aime pourtant...
Vous êtes un héros, mais vous êtes un sage:
Votre raison maudit les exploits inhumains
Où vous força votre courage...
Je vous pardonne tout, si vous en guérissez.»

«Odio á los conquistadores... cuanto más brilla su gloria más detestables son. ¡Oh cielos! ¡Cuanto debo odiaros! Y, sin embargo, os amo. Sois un héroe, pero sois también un sabio. Vuestra razón maldice las hazañas inhumanas á que vuestro valor os ha arrastrado. Todo os lo perdono si os arrepentís.»—(*Epíst.* c.)

(2) *Correspondencia con Federico*, 1742, núm. 182.
(3) «Vous dont le bras terrible a fait trembler la terre,
Rassurez-la par vos bienfaits,
Et faites retentir les accents de la paix
Après les éclats du tonnerre.
Que la barbare Até, que la haine cruelle
Que la discordie et ses enfants,
Enchaînés à jamais par vos bras triomphants
Entendent vos aimables chants!
Qu'ils sentent expirer leur fureur mutuelle
Que l'horreur vous écoute et se change en douceur.
Que le ciel applaudisse et que la terre unie
Aux concerts de votre harmonie
Dise, je tui dois mon bonheur.»

«Vos, cuyo brazo terrible ha hecho temblar la tierra, tranquilizada con vuestros beneficios, y haced resonar los acentos de la paz después del estampido del trueno. Que la bárbara Até, el odio cruel, la discordia y sus hijos, encadenados para siempre por vuestros brazos triunfantes, sigan vuestros amorosos cantos. Que sientan expirar su mutuo furor; que el horror os escuche y se convierta en dulzura. Que aplauda el cielo, y que la tierra, uniendo su voz á los conciertos de vuestra armonía, diga: le debo mi felicidad.»—(*Epíst.* cII.)

que en sus cartas, le reprendió sus guerras con dureza:

*«Je ne vois plus en toi qu'un guerrier effréné
Qui, la flamme à la main, se frayant un passage
Désolé les cités, les pille, les ravage,
Foule les droits sacrés des peuples et des rois,
Offense la nature et fait taire ses lois»* (1).

«¿No habéis de cesar nunca, le escribe, vos y los reyes vuestros colegas, de asolar esta tierra que, según decís, tenéis tantos deseos de hacer feliz? Por último, acabó por burlarse de la oposición constante que aparece entre sus palabras y sus actos. Federico había remitido á Voltaire una oda contra la guerra: «Vuestra Majestad, responde Voltaire, hace buenos versos, pero se burla del mundo», (2).

Hemos dejado la palabra á Voltaire, sin mezclar nuestras reflexiones con las suyas, á fin de dar al lector medio de apreciar por sus escritos al hombre que los católicos persiguen con un odio eterno. Compárese su doctrina con la de los escritores que le precedieron, y se le encontrará superior á todos ellos. Tiene sobre Bossuet y sobre Fenelón la ventaja que las aspiraciones del porvenir dan sobre las creencias de lo pasado. Voltaire no tiene todavía más que aspiraciones, pasa toda su vida luchando; su misión es destruir, y la lleva á cabo con encarnizamiento. Pero no destruye por destruir; se inspira en una creencia nueva que ha de reemplazar á las antiguas creencias, y á esta fe la llama humanidad. Es un sentimiento más comprensivo que la caridad de los cristianos: Voltaire hace extensiva su afección á todos los hombres, porque son hombres, de la misma manera que compadece todos los sufrimientos porque es hombre. Entre los males que más le irritan, se encuentran los que nacen de la opresión, de la fuerza. ¿Es culpa suya que entre los opresores encuentre á la Iglesia y la haga una guerra implacable? Guerra santa, porque la hace en nombre de la libertad y de los derechos del hombre. Lo que prueba que no es el odio quien le dicta los ataques; es que no trata mejor á los reyes que á la Iglesia; y, sin embargo, cuenta algunos señores de la tierra entre sus amigos y aliados. Hay

(1) «No veo en tí más que un guerrero desenfrenado que, con la tea en la mano, se abre paso, desolando ciudades, saqueándolas y destruyéndolas, que huella los sagrados derechos de los pueblos y de los reyes, que ofende á la naturaleza y hace enmudecer sus leyes.»

(2) *Epist. CCCLXXIII.—Correspondencia con Federico*, números 180, 229.

en él una pasión más fuerte que sus antipatías y sus simpatías, el amor de la humanidad. Si este amor no hubiese sido robustecido por el don del genio, hubiese venido á parar en vagas especulaciones como el abad de Saint-Pierre. Su admirable buen juicio le salvó de aquellos extravíos. Pero sin dejar de creer eterno el mal, porque éste es uno de los caracteres de la imperfección humana, Voltaire conoce que el hombre debe combatirlo, y en esta lucha gloriosa no hay gloria más grande ni más pura que la suya.

N.º 2.—Los espiritualistas.

I

Mala fama tienen los filósofos del siglo XVIII; se los llama materialistas, y esta vaga acusación alcanza indistintamente á todos los escritores, á Rousseau, á Helvetius, á Mably, á Condillac, á Diderot y á Holbach. Debemos desconfiar de los defectos que los hombres del pasado inventan para desacreditar á los enemigos de la Iglesia. Unas veces acusan de ateísmo á escritores que tienen más religión que ellos, otras veces de panteísmo; para atacar al siglo XXIII, han imaginado el materialismo. Sin embargo, Voltaire, el representante por excelencia de aquella grande época, es el defensor ardiente de Dios y de la inmortalidad del alma; Rousseau, el hombre del sentimiento religioso; d'Alembert, Mably, Condorcet hacen poco caso de las obras de los materialistas. Hay más: en otra parte diremos que aun en el seno de la escuela que enseña que el alma es una modificación del cuerpo, es preciso hacer muchas reservas, y que hay materialistas más religiosos que los santos personajes que los condenan, encastillados en su orgullosa ortodoxia. En cuanto á la doctrina internacional, no la hay más verdadera, más generosa, que la de esos escritores hacia quienes se quiere inspirar una especie de horror, imputándoles el materialismo.

Hay una cuestión capital: ¿qué domina en el orden político, la fuerza ó el derecho? En el siglo XVIII dominaba la fuerza. Y ¿en qué corazones encontró defensores aquel hecho brutal? Si reinaba la fuerza es porque la monarquía era absoluta; y quien dice monarquía absoluta, dice carencia de derecho. Pues bien; un obispo, el último Pa-

dre de la Iglesia, Bossuet, escribe la teoría del poder absoluto, y fundándose en la Sagrada Escritura, le imprime un carácter divino, inmutable. Los filósofos han salido á la defensa del derecho. Rousseau pregunta cómo es posible que la fuerza lleve á engendrar derecho. El derecho implica una obligación correspondiente: ahora bien, ¿es posible decir que el que cede á la fuerza, el que obedece porque se ve obligado á ello, obedece por deber? (1). Y si no hay deber, ¿cómo ha de haber derecho? Supongamos por un momento este pretendido derecho, dice Rousseau. No puede dar de sí más que un galimatías inexplicable. Porque si la fuerza es la que hace el derecho, toda fuerza que sucede á la primera, sucede á su derecho (2). Y ¿qué es un derecho que muere cuando muere la fuerza? (3). El derecho del más fuerte es, pues, palabra sin sentido.

Rousseau aplica estas ideas á los diversos órdenes de hechos en que se invoca la fuerza. El Evangelio dice: Obedeced á los poderes. «Si esto quiere decir: ceded á la fuerza, el precepto es bueno, pero superfluo; yo respondo de que nunca será violado.» Bossuet añade, con San Pablo, que todo poder viene de Dios. «Así lo creo, dice Rousseau; pero también viene de él toda enfermedad; ¿está por eso prohibido llamar al médico? Si un bandido me sorprende en medio de un bosque, tendré que darle por fuerza mi bolsa; pero si tuviese medio de evitarlo, ¿seguiré, sin embargo, en conciencia, obligado á dársela? Según el Evangelio y San Pablo, la contestación habrá de ser afirmativa, porque, en resumen, la pistola del ladrón es también un poder.»

En otra parte hemos dado á conocer la respuesta del filósofo á los partidarios de la esclavitud. Si la fuerza es el derecho, y si hay que obedecer á los poderes, el poder del señor es también un derecho, y el esclavo no tiene que hacer más que obedecer. Esta es la doctrina cristiana; tanto que

(1) «La fuerza es un poder físico; no veo qué moralidad puede resultar de sus efectos. Ceder á la fuerza es, pues, un acto de necesidad, no de voluntad. ¿En qué sentido puede ser un derecho?»

(2) «Desde el momento que se puede obedecer impunemente, la obediencia es legítima; y puesto que el más fuerte tiene siempre razón, la cuestión está en procurar ser siempre el más fuerte.»

(3) «Es preciso obedecer á la fuerza, y no hay necesidad de obedecer por deber; y si no hay necesidad de obedecer, tampoco hay obligación.»

Bossuet no vacila en admitir la legitimidad de la esclavitud, lo cual no impedirá que los católicos repitan que el cristianismo ha destruido la esclavitud. Sin embargo, aun había siervos en el siglo XVIII en el reino de los Francos; y ¿de quién eran? De la Iglesia. Y ¿quién provocó su emancipación? Un filósofo, el que goza de peor fama, Voltaire. Y Rousseau destruyó con su lógica formidable los miserables sofismas de los legistas y de los teólogos.

La fuerza domina como soberana, principalmente en las relaciones internacionales. Bossuet concede á la conquista la misma autoridad que la Sagrada Escritura á la Iglesia. Escuchemos al filósofo: «El derecho de conquista no tiene más fundamento que la ley del más fuerte. Si la guerra no da al vencedor el derecho de vida y muerte sobre los pueblos vencidos, este derecho, que no tiene, no puede dar origen al de someterlos á servidumbre. Aun suponiendo ese terrible derecho de matar, sostengo que un pueblo conquistado no está obligado en manera alguna, respecto de su señor, más que á obedecerle mientras no tenga otro remedio. Lejos, pues, de adquirir sobre él autoridad ninguna por medio de la fuerza, el estado de guerra subsiste entre ellos lo mismo que antes.» No hay, pues, que hablar de derecho.

Hé aquí un lenguaje bien diferente del de Bossuet: es que le inspira el espíritu de libertad, en lugar del espíritu de servidumbre. ¿De dónde procede el movimiento de 1789? De Rousseau. Y toda la libertad que hoy gozamos la debemos á la revolución francesa. No seamos ingratos olvidando, ó, lo que aun sería peor, calumniando á los que han inaugurado la era nueva. Hay ciertamente muchos errores en Rousseau, y su autoridad ha extraviado á sus discípulos. Confundiendo la libertad con la soberanía del pueblo, dió una importancia exagerada á una forma política; en lugar de atenerse á la esencia de la libertad, á los derechos del individuo, se contentó con la apariencia, y ayudó, sin pensarlo, al restablecimiento del despotismo como órgano del pueblo soberano. Verdad es que Rousseau hubiera sido el primero en protestar contra las consecuencias que se sacaban de sus principios. Su inspiración valía más que su doctrina. En nombre de la libertad que tanto amaba, hubiese rechazado un despotismo que, so color de defenderla, no hace más que explotarla.

II

Después de Rousseau vienen talentos secundarios que no hacen más que reproducir sus pensamientos. *Condillac* toma de él casi textualmente su admirable refutación del derecho de la fuerza, y deduce que el derecho del más fuerte es una pura contradicción (1). *Mably* añade algunas consideraciones que merecen ser conocidas: "Las armas por sí mismas no dan ningún título á poseer; suponen un título anterior, y solamente para hacer valer este derecho, cuando se le pone en duda, es para lo que se hace la guerra. Aquí puede añadirse un razonamiento muy sencillo: si las conquistas producen por su naturaleza un derecho legítimo de posesión á favor del conquistador, es indiferente que la guerra se funde en motivos justos ó injustos. ¿Quién se atrevería á emitir semejante proposición? Esto sería establecer el derecho del más fuerte sobre las ruinas de la moral y del derecho natural," (2).

Mably está en lo cierto cuando limita el derecho de conquista á la reivindicación de una posesión legítima. Se equivoca cuando añade una restricción admitida también por *Condillac*, á saber: que un príncipe puede, para castigar á su enemigo por su injusticia é indemnizarse de los gastos de guerra, extender sus conquistas más allá del país que reivindica por medio de la guerra (3). Estas concesiones prueban que en el siglo XVIII los espíritus más progresivos no sospechaban todavía los derechos de las naciones. Se comprende que los vencidos sean considerados como materia á propósito para indemnizar perjuicios mientras se aprecia á los pueblos por el número de almas y de leguas cuadradas de cada Estado; pero si se reconoce en la nación vencida una individualidad tan sagrada como la del hombre, es tan absurdo el desposeerla para indemnizarse como sería repartir el cuerpo del deudor entre sus acreedores.

Si los filósofos no tenían conciencia del derecho de las naciones, preparaban instintivamente la era nueva desacreditando á los conquistadores. *Condillac* dice lisa y llanamente que la consideración

(1) CONDILLAC, *Obras*, t. x, p. 512 y siguientes.

(2) MABLY, *el Derecho público de la Europa* (*Obras*, tomo VIII, página 21, ed. in-12).

(3) CONDILLAC, *Hist. antigua*, t. x, p. 339.

que les concedemos no es más que un resto de la estimación que nuestros padres bárbaros acordaban á los bandidos. Acusa de estupidez á los pueblos que atribuyen gloria á las conquistas; añade que los historiadores que celebran la gloria de las armas hasta aburrir á sus lectores son todavía más estúpidos, porque, en lugar de ayudar á extirpar una preocupación funesta, la consagran con su autoridad (1). Los filósofos del siglo XVIII organizaron una santa cruzada contra aquellos usurpadores de la gloria. *Mably* desempeña gran papel en esta lucha. No perdona ni á Alejandro: "Si Alejandro ignoraba que sus inmensas conquistas no habían de poder conservarse, aquel héroe debía ser muy corto de vista. Si lo preveía, y á pesar de esto se dejó arrastrar por su ambición, no es más que un furioso á quien los hombres deben aborrecer," (2).

Mably quiere que el derecho reemplace á la fuerza, y cita las bellas palabras que Platón dirige á los Griegos: el filósofo les echa en cara sus guerras como un crimen, puesto que son hermanos. Ahora bien, dice el escritor francés, la tierra entera es nuestra patria común; todos somos hermanos (3). *Mably* comprende que estas máximas de fraternidad no han de ejercer grande influencia sobre los reyes. Para ser escuchado por los príncipes, entra en el terreno del interés: "Mi moral es tan poco austera, dice, que no pido como lectores gentes honradas, sino simplemente ambiciosos que sepan hacer algún uso de su razón." Hé aquí una moral que puede ser escuchada por los reyes; como se verá, el interés bien entendido de *Mably* es una utopía. El publicista francés procura demostrar por medio de la historia que la justicia es la mejor política. Pero, preocupado con la antigüedad, busca sus ejemplos de justicia entre los Espartanos y los Romanos. Dios nos libre de la justicia lacedemonia y romana. *Mably* está más en lo cierto cuando dice que las conquistas corrompen y arruinan á los conquistadores. De eso no faltan pruebas; el autor hubiera podido citar á sus queridos Espartanos, y también á los Romanos. La historia demuestra que los Estados que se engrandecen por medio de la fuerza caen por la violencia. En fin,

(1) CONDILLAC, *Obras*, t. iv, p. 371; t. x, p. 398; t. xi, p. 140.

(2) MABLY, *Observaciones sobre la historia de la Grecia*, t. v, página 174.

(3) MABLY, *de la Legislación*, t. xii, p. 179 y siguientes.

N.º 3.—*Los materialistas.*

I

sería fácil probar que la guerra debilita al vencedor (1). Pero todos estos argumentos habían sido invocados por Saint-Pierre y Rousseau, que no consiguieron desarraigar en los reyes la ambición de las conquistas. *Mably* es el menos afortunado todavía, cuando apela á la constitución de Esparta y de Roma. Cree que dominaba la justicia en Esparta, porque reinaba allí la pobreza; hace, por consiguiente, la guerra á la riqueza con la convicción de que, extirpando el interés personal, fomentará todos los grandes sentimientos, el amor á la patria y á la humanidad. Los hechos en que se apoya el escritor francés son imaginarios, así como sus esperanzas. *Mably* es también quimérico cuando propone establecer conservadores de la paz, á ejemplo de los feciales de Roma (2). Ha leído en la historia que los feciales eran los guardadores de la justicia internacional; no echa de ver que la pretendida justicia de los Romanos no era más que una hipocresía legal, y que los feciales defendían el derecho y la equidad del mismo modo que nuestros procuradores y abogados.

Es inútil insistir para demostrar lo que tenían de bueno las ideas de *Mably*. Para fundar un nuevo orden social era preciso, no buscar sus modelos en un pasado imaginario, sino inspirarse en el porvenir, empezando por asegurar el imperio del derecho en el interior de los Estados. Para que la justicia no sea una palabra vana, es preciso que estén garantidos los derechos de los individuos. Más tarde se llegará á respetar también la independencia de los pueblos, cuya personalidad es igualmente sagrada. Entonces no serán necesarios los conservadores de la paz. Cada ciudadano será guardador del derecho, porque comprenderá que los derechos como los intereses son solidarios, y que no es posible atacar los derechos de los pueblos sin poner en peligro los suyos. Los filósofos del siglo XVIII no tenían aún más que una idea muy confusa de las necesidades de la humanidad; sentían viva repugnancia á la dominación de la fuerza, pero no sabían cómo ponerla término. Debemos tomar en cuenta sus aspiraciones. Difundiendo las ideas de justicia, de derecho, de paz, prepararon el paso á un nuevo orden social.

(1) MABLY, *Principios de las negociaciones*, t. vii, p. 36 y sig., 26 y sig.—*Diálogos de Phocion*, t. xiv, p. 97 y siguientes.

(2) MABLY, *del Estudio de la historia*, t. xviii, p. 61, 171.—*De la Legislación*, t. xii, p. 189 y siguientes.

El ateísmo y el materialismo implican la fatalidad, la falta de libertad y de responsabilidad. Si los filósofos que se llamaban ateos y que no veían en el alma más que una modificación de la materia hubieran sido lógicos, habrían debido enseñar, como Hobbes, la guerra de todos contra todos y opinar que no impera en el mundo el derecho, sino la fuerza. Sin embargo, los materialistas más decididos predicaban la justicia, la caridad, la fraternidad, la humanidad. Para explicar esta singular contradicción, se ha dicho que sus sentimientos valían más que su doctrina. Hay algo de verdad en esta justificación. Pero ¿no debemos ir más adelante? ¿No forman los sentimientos parte de la doctrina, aun en los grandes pensadores? Con mayor razón se los debe tener en cuenta cuando se trata de escritores que no eran filósofos de profesión; en éstos el sentimiento formaba, por decirlo así, toda la doctrina. Y si enseñaban la justicia á la vez que profesaban el materialismo, ¿no debemos presumir que el ateísmo no había arraigado muy profundamente en sus ánimos, que era una bandera de oposición contra el cristianismo más bien que la negación razonada de nuestra naturaleza espiritual? En todo caso, podríamos darnos por satisfechos si los sentimientos que inspiraban á los *d'Holbach* y *Diderot* fuesen tomados en serio y llegasen á encarnarse en nuestra sociedad.

Es imposible condenar con más energía que lo hace *Holbach* la dominación de la fuerza bruta, cuyo cuadro nos presenta en cada página la historia moderna bajo el nombre de política de los reyes. Las naciones mismas que pasan por más civilizadas conservan, por su desgracia, demasiados vestigios de la ferocidad y sinrazón primitivas. ¿No viven sus jefes como verdaderos salvajes, en un estado de anarquía que llaman *estado de naturaleza*, cuando no hay nada más contrario á la naturaleza de seres inteligentes y racionales? Sus guerras continuas, sus contiendas frecuentemente injustas y pueriles, las pasiones inconsideradas y los caprichos á que tan ligeramente sacrifican estos soberanos su felicidad y la de sus súbditos. ¿no indican que, en su mayor parte, están todavía